

MALVALOCA

DRAMA EN TRES ACTOS

INSPIRADO EN UNA COPLA ANDALUZA

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-943706-6-3

© 2015 Paradimage Soluciones

INDICE

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL	4
MALVALOCA	5
REPARTO	6
PRIMER ACTO	8
SEGUNDO ACTO.....	45
ACTO TERCERO	¡Error! Marcador no definido.

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL

Los hermanos **Serafín y Joaquín Álvarez Quintero**, nacidos en Sevilla (1871 y 1873 respectivamente), fueron unos destacados comediógrafos y dramaturgos españoles del siglo XIX. A pesar de que sus comedias eran apreciadas por la mayoría de su público fueron criticadas como piezas de poco valor literario (*Amores o Amoríos*, 1908 o *Malvaloca*, 1912).

Malvaloca es una obra de teatro en tres actos, escrita por los Hermanos Álvarez Quintero y estrenada el 7 de abril de 1912. La trama está inspirada en una copla tradicional malagueña.

Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en

www.paradimage.com

MALVALOCA

DRAMA EN TRES ACTOS
INSPIRADA EN UNA COPLA ANDALUZA

A Don Marcelino Menéndez y Pelayo

REPARTO DEL ESTRENO

MALVALOCA	María Guerrero.
JUANELA	Conchita Ruiz.
HERMANA PIEDAD.....	Carmen Jiménez.
TERESONA.....	María Cancio.
ALFONSA.....	María Valentín.
DOÑA ENRIQUETA	Elena Salvador.
DIONISIA	Aurora Le-Bret.
HERMANA CONSUELO	Luisa García.
HERMANA DOLORES.....	Consuelo León.
HERMANA CARMEN	Enriqueta Liquiñano.
LEONARDO.....	Fernando Díaz de Mendoza.
SALVADOR	Emilio Thuillier.
MARTÍN EL CIEGO	Emilio Mesejo.
BARRABÁS.....	Felipe Carsí.
TÍO JEROMO.....	Manuel Díaz.
LOBITO	Fernando Montenegro.
UN CRIADO	Gonzalo Vico.
UN OPERARIO	Salvador Covisa.

*Meresía esta serrana
que la fundieran de nuevo
como funden las campanas.*

COPLA POPULAR.

PRIMER ACTO

(En Las Canteras, pueblo andaluz, hay un convento de fecha remota, conocido por el Convento del Carmen. Al pasar a mejor vida, de puro vieja ya, la última de las madres allí consagradas al amor divino, vinieron a heredar el vetusto recinto las Hermanitas del Amor de Dios; congregación semejante a la de las Hermanas de los Pobres.

Hay en el convento, al comenzar la acción de esta obra, hasta seis ancianos recogidos, de quienes cuidan las hermanas con solicitud y bondad extremas.

Este primer acto pasa en uno de los corredores ó galerías del claustro, por cuyos altos arcos se ve al fondo toda la extensión de lo que fué jardín, hoy convertido casi completamente en huerta, ya que más que flores da frutos. Cierra el corredor por la derecha del actor un muro, donde hay una gran puerta, denominada de la Cruz, porque sobre ella, en el muro, está incrustada una de palo. En el propio muro, a la altura de la mano, y encima de una repisa tosca, se ve una imagen de San Antonio pequeña, ante la cual hay un bote lleno de garbanzos. Uno de los arcos centrales da paso al jardín. En el corredor hay dos ó tres sillas y algún banco.

Es por la mañana en un día de sol del mes de Abril.)

(BARRABÁS, viejecillo asilado, de buen humor y malas pulgas, que hace en el convento de jardinero y de hortelano, trajina en sus dominios. Al fondo, allá lejos, a la sombra de un arbolillo, la HERMANA CARMEN, abstraída y silenciosa, cose sin dar paz a la mano.)

Alguna vez las escenas que pasan a su alrededor la distraen un momento de su tarea; pero en seguida vuelve a fijar la vista y la atención en lo que está haciendo.

Por la izquierda del jardín salen la HERMANA DOLORES y la HERMANA CONSUELO, con sendos bolsos de pedir limosna. Pasan al corredor por el arco central y desaparecen por la puerta de la Cruz.)

(Barrabás dice en su picaresco monólogo:)

Barrabás. *Dos en dos,
 por la sombra y no por er só:
 Hermanitas del amor de Dios.*

¡Je! ¡Versos míos!

*Pedimos pa los pobres;
 dénos usté lo que sobre,
 y si pué sé plata mejó que cobre.*

iJe!

(Por la puerta de la Cruz sale MARTÍN EL CIEGO, que para ayudarse a caminar lleva un palo en la mano. Es más viejo y está más destruido que Barrabás. Marcha callado a lo largo del corredor. Barrabás que lo ve lo detiene hablándole.)

¡Se dise güenos días!

Martín. Güenos días. No sabía que estaba usté ahí, señó Barrabás.

Barrabás. De más lo sabía usté, señó Martín.

Martín. Como usté quiera.

Barrabás. Porque usté no ve, pero güele.

Martín. Como usté quiera. Güenos días.

Barrabás. ¿Se va usté a toma er só?

Martín. Con permiso de la hermana Piedá.

Barrabás. No hay como anda siempre bailando el agua pa conseguí favores. Pero ese no es mi genio.

Martín. Ni er mío tampoco. Ni quieo discusiones con usté. Y base usté malamente en critica las cosas de esta casa, donde está usté recogió por caridá, lo mismo que yo.

Barrabás. Hay árguna diferencia, compadre. Yo no soy ningún trasto inuti como usté: yo soy aquí un hombre que trabaja en la güerta y en er jardín. Y gano er pan que como. ¡Y er que se come usté también!

Martín. Á usté no le debo yo na. Yo también trabajo.

Barrabás. ¡Usté me dirá lo que hase! Va pa dos años que no sube a la torre...

Martín. Hago lo que las hermanas me mandan.

Barrabás. Sólo que como no le mandan a usté na, se da usté la vía de un canónigo.

Martín. Le digo a usté que no quieo discusiones.. Quéese usté con Dios.

Barrabás. ¿Qué le ha paresío a usté hase poco er repique que ha dao la *Golondrina*? ¡Vaya una campana, compadre!

Martín. To se le güerve a usté veneno en er cuerpo», señó Barrabás.

Barrabás. Por eso me conviene sortarlo.

Martín. (*Yendo un poco hacia él con sincera y honda emoción..*) La *Golondrina* de esta santa casa es una campana que ar presente está rota y no suena como sonaba porque Dios lo ha querío; pero cuando la

vorteaban estas manos, la *Golondrina* sonaba como no han sonao campanas en er mundo desde que hay cruses en los campanarios. Y usté lo sabe tan bien como yo, sino que se gosa en oirme.

Barrabás. ¿Ni la *Sonora* de la Iglesia Mayó ha tenío tampoco mejores voses?

Martín. ¡Ya está con la *Sonora*! ¡La manía de tos los de aquer barrio! ¡Compara a la *Sonora* con la *Golondrina* der Carmen! Es mesté sé sordo pa eso.

Barrabás. ¿Ahora también, señó Martín?

Martín. De ahora no se trata. Si está rota desde hase ya tres años cumplios, ¿cómo quíé usté que suene? ¡Que se alegren, que se alegren los de la *Sonora*, que bastante tiempo han vivió con la pesaíya de la *Golondrina*

Barrabás. Pa mí que lo que ha pasao ha sio que er Padre Eterno, paseándose por las nubes una tarde...

Martín. Deje usté en paz las cosas santas, señó.

Barrabás. Lo oyó a usté toca la campana. ¡Tin... tan!... ¡Tin... tan!... Y se conose que pa sus barbas fué y se dijo: «Hombre, hombre, esa campana suena demasiao bien pa está en Las Canteras, que ar fin y ar cabo no es más que un pueblo.» Y a un angelito que andaba de viaje por Andalucía le mandó que la cascara de un martiyaso. ¡Je! ¿No le paese a usté? ¡Envidia que tuvo Dios en er sielo!

Martín. ¡La envidia er que la tiene es usté en la tierra, peaso e poyino, sayón, hereje! A la Superiora vi a desirle que le prohiban a usté habla conmigo. Na más que eso.

(En esto aparece por la puerta la HERMANA PIEDAD y corta la disputa. Esta hermana es joven y bella, humilde y suave. Su habla es ingenua y reposada. No es andaluza.)

H. Piedad. ¿Ya estamos como de costumbre? Temprano empieza el día.

Martín. Este hombre que no hase más que buscarme las purgas.

Barrabás. ¿Yo? ¡No tendría mar trabajo!

H. Piedad. Pero, usted también, Martín, ¿por qué no sigue su camino?

Martín. ¡Porque no me deja!

H. Piedad. ¿Le pone a usted redes, como a los pájaros?

Martín. Me dise unas cosas que no hay manera de seguí adelante sin responderle.

H. Piedad. A palabras necias...

Barrabás. ¿Eso de nesias va conmigo?

H. Piedad. Precisamente.

Barrabás. Pos lo que toca hoy no he hecho má¿ que darle los güenos días. Más vale cae en gracia que sé grasioso.

H. Piedad. Aquí no hay preferencias para nadie Barrabás. Ni nos curamos de las gracias. Los bufones ya no los paga el rey. De memoria me sé sus mañas, y de memoria también cuál era la disputa. ¡Todos días la misma!

Martín. ¡La misma tos los días, hermana Piedad! Dígaselo usté a la Superiora.

H. Piedad. Pues quién sabe si Dios va a castigarlo a usted— a usted. Barrabás, a usted le hablo— y le va a mandar una rabieta. Como el milagro que yo espero llegue a obrarse...

Barrabás. ¡Los milagros no son de estos tiempos!

H. Piedad. ¡Silencio, Barrabás! ¿Cómo se entiende? Ande, ande a su trabajo. Y usted, Martín, a su camino.

Martín. Dios la guarde.

(Barrabás se interna hacia la derecha del jardín sin replicar palabra. Martín desaparece por el corredor.)

(Viene LEONARDO por la izquierda del jardín. Es hombre como de treinta años y de apariencia modesta y sencilla. Su fisonomía es. adusta, y curiosa y penetrante su mirada. Trae el sombrero en la mano, dejando al descubierto la cabeza, poblada de fuerte y abundante cabello. Tiene toda su persona un aire de energía varonil que la hace simpática. La hermana Piedad lo ve venir y lo espera sonriéndole con dulzura.)

H. Piedad. Santos y buenos días, caballero.

Leonardo. Buenos días, hermana.

H. Piedad. ¿A ver a su amigo, verdad?

Leonardo. Á acompañarlo un rato. Ahora no tengo cosa mayor que hacer allá.

H. Piedad. Aquí estaba hace media hora. Andará por ahí de conversación con los ancianos. Tiene tan buen ángel... Y le gusta mucho charlar con ellos.

Leonardo. Con ellos y con todo el mundo. Le da palique al primero que pasa. No sabe callar. Eso sí: su conversación tiene miel. Y de usted y de toda esta casa empieza a hablar y no concluye

H. Piedad. *(Bromeando.)* ¿Ah, sí? Pues le advierto a usted que somos muy interesadas. Es posible que pidamos algo por cuenta de esa gratitud.

Leonardo. Lo que yo pueda dar... Y de él no se diga.

H. Piedad. Hablaremos los tres. Voy por allá dentro a buscarlo. Tal vez esté con don Jacinto.

Leonardo. ¿El cura?

H. Piedad. No, señor: un asilado que también se llama don Jacinto. ¿No se ha fijado usted en un viejecito muy pulcro, casi siempre solo...?

Leonardo. Ya sé, ya sé quién dice.

H. Piedad. Pertenece a una gran familia sevillana que ha venido a morir aquí. Finales de vida que nadie puede adivinar... Á todos, es claro, los tratamos con bondad y cariño. Para con él hay que añadir la cortesía. Todo le humilla y lo desconsuela. En su amigo de usted ha encontrado un buen camarada.

Leonardo. Es doloroso el caso. ¿Se da con frecuencia?

H. Piedad. En asilos más numerosos que éste, sí, señor. Aquí casi todos son de familias pobres. Algunas tanto, que hay asilado que guarda algo de lo que se habría de comer, para regalárselo luego a los parientes que vienen a visitarlo.

Leonardo. Es interesante.

H. Piedad. Avisaré a su amigo.

Leonardo. Deje usted, hermana; iré yo.

H. Piedad. ¡No faltaría otra cosa! Siéntese usted, que en seguida viene. *(Se va por el jardín, hacia la derecha. Leonardo pasea un momento en silencio, y de pronto se fija en la repisa de San Antonio. Barrabás, que ha vuelto a aparecer, acecha el instante de pegar la hebra con el recién llegado.)*

Leonardo. ¡Qué niñería! ¡Hoy tiene garbanzos el Santo! Y anteayer aceite ó vinagre. Yo no entiendo esto.

Barrabás. ¿Está usted reparando er bote de San Antonio?

Leonardo. ¿Eh? Sí, señor.

Barrabás. ¿No sabe usted lo que sirnifica?

Leonardo. No, señor. Y desde que frecuento esta casa me llama la atención un poco; pero no gusto de preguntar.

Barrabás. Pos yo se lo vi a explica a usted sin que me lo pregunte. ¡Je!

Leonardo. Bueno.

Barrabás. Como esta casa se sostiene de la caridá, en cuanto la hermana despensera ve que hase farta alguna cosa, pone un puñaíto de lo que hase farta en er bote de San Antonio. Yega una persona caritativa, derrama la vista pa er santo, repara en los garbansos ó en lo que sea, y ya sabe de lo que tiene que manda. Y manda una boteya ó un saquito. Y las hermanas disen luego que San Antonio es er que lo manda.

Leonardo. Ya.

Barrabás. Y San Antonio está tan ajeno a los garbansos ó al aseite como usted y como yo.

Leonardo. ¡Es claro!

Barrabás. Así son los milagros der día. Si yo le contara a usted más e cuatro cosas...

Leonardo. No, no quiero saber más.

Barrabás. Es que en este asilo...

Leonardo. Bien está, bien está, señor.

Barrabás. Usté disimule. Leonardo se sienta a fumar. Barrabás vuelve a acercársele sonriente. ¿Y Un sigarrito, me da usté, cabayero?

Leonardo. *(con muy buen agrado).* Sí, hombre: eso sí. Tome usted un par de ellos, si quiere.

Barrabás. Sí quiero. Y mu agradesío. Er tabaquiyó es lo único que le quea a uno de otros tiempos. Y es lo único también que nunca manda San Antonio. Se conose que er santo no fuma. Tenemos que contentarnos con los pitiyos anémicos que nos hasen las madres. *(Leonardo sonrío.)* La primera vez en mi vía que lo veo a usté risueño. ¿Está usté malo del estómago, por casualidá?

Leonardo. No, señor.

Barrabás. Son dos carárteres mu distintos usté y don Sarvadó.

Leonardo. Bien está, bien está.

Barrabás. Usté disimule, *(Vuélvese al jardín reliando el cigarrillo que va a fumarse. Á poco exclama, echando la mirada hacia la izquierda.)* ¿Quién es aqueya paloma que viene aquí? ¡Cosa más rara en esta casa!...

(Llega MALVALOCA. Se detiene un punto en medio del jardín mirando a todos lados, como quien duda adonde dirigirse, y al ver a Leonardo en el corredor vuela hacia él. Malvaloca es bella: su cara risueña y comunicativa; su cuerpo, gentil y ligero; su traza popular. Sus cabellos negros, rizados y cortos, parece que los sacude el aire, según se agitan a impulsos de la nerviosa actividad de la cabeza, llena de fantasías y disparates, que se mueve como la de un pájaro. Viste falda lisa de un solo color, blusa blanca, zapato de charol con hebilla, y mantoncillo de seda negro puesto a modo de chal. Trae ricos pendientes, sortijas y pulseras, que contrastan con la sencillez del vestido. Leonardo, al verla aparecer, se

levanta un poco sorprendido. Barrabás se acerca a la hermana Carmen como para comentar la visita. Luego se aleja.)

Malvaloca. Buenos días.

Leonardo. Buenos días.

Malvaloca. ¿Este es el Asilo de las Hermanitas del Amor de Dios?

Leonardo. Este mismo.

Malvaloca. Gracias. Yo vi er postiguiyo abierto, y me entré; pero en mitá'er jardín temí haberme metió en otra parte.

Leonardo. Pues éste es el asilo.

Malvaloca. Sí; ya veo ayí una monja. Y... ¿usté podrá desirme...?

Leonardo. ¿Qué?

Malvaloca. ¿Es aquí donde están curando a un herido...?

Leonardo. Aquí es.

Malvaloca. ¿Usté sabe ya por quién pregunto?

Leonardo. Por Salvador García, ¿no?

Malvaloca. Cabalito: por Sarvadó Garsía. ¿Cómo está?

Leonardo. Ya está casi bueno.

Malvaloca. ¿Sí? ¿Pero ha estao grave?

Leonardo. Grave no diré yo. Ha sufrido bastante. Las quemaduras fueron horribles y las curas muy dolorosas.

Malvaloca. En Seviya corrió que se había achicharrao en una fragua.

Leonardo. ¡Ave María Purísima!

Malvaloca. Cosas de la gente, ¿verdá? Me lo dijo... ¿Quién me lo dijo a mí? ¡Ah! Matirde la Chata, que nunca lo ha mirao con buenos ojos.

Leonardo. ¿Usted viene ahora de Sevilla?

Malvaloca. Ahora mismo. No he hecho más que arreglarme un poco y busca er convento. Y he venío por enterarme de la verdá; por salí de dudas; por verlo a é.

Leonardo. Es usted buena amiga suya, según parece.

Malvaloca. ¡Uh! *(Este juhl de Malvaioca es como un trino. Lo emplea siempre con inflexión ponderativa y gracioso ademán, cuando no acierta a encerrar en palabras todo lo que quiere decir. Detrás de cada juhl su imaginación pone uu mundo.)*

Leonardo. Mucho, ¿eh?

Malvaloca. Ya me quedé en amiga; pero he sío una mijiya más. Er tiempo to lo acaba.

Leonardo. Menos las amistades, por lo visto.

Malvaloca. Donde candelita hubo... ¿Usté también es amigo de Sarvadó?

Leonardo. Amigo y algo más.

Malvaloca. ¿Cómo es eso?

Leonardo. Porque somos compañeros en el negocio de la fundición.

Malvaloca. ¿De qué fundisión?

Leonardo. De la fundición de metales en que ha pasado la desgracia. ¿Es que no tiene usted noticias de la fundición?

Malvaloca. ¡Si yo hace más e dos años que no lo veo! Pero ahora estoy pensando... ¿Quién me dijo a mí que Sarvadoriyo se había metió a hasé carderas?

Leonardo. *(Sonriendo.)* Probablemente esos informes saldrían de la misma fuente que los otros.

Malvaloca. No, la Chata no fué. ¿Qué más da quien fuera? ¿De manera que usted y Sarvadó...?

Leonardo. Sí; somos socios.

Malvaloca. ¿Los dos?

Leonardo. Naturalmente.

Malvaloca. ¿Desde cuándo?

Leonardo. Desde hace poco tiempo. Nuestra amistad, que es muy reciente, es ya muy estrecha.

Malvaloca. Es que Sarvadó es mu simpático.

Leonardo. Muy simpático es.

Malvaloca. Se yeva a la gente de caye, ¿verdá?

Leonardo. A mí se me ha llevado, a lo menos.

Malvaloca. Y a to er que lo trata. En este mundo, lo que manda es la simpatía.

Leonardo. ¿Usted cree?

Malvaloca. Estoy segura. Er cariño mayó no es otra cosa que una simpatía. Una simpatía tan grande, tan grande, que no sabe usted viví sin aqueya persona.

Leonardo. Quizás.

Malvaloca. Déle usted er nombre que usted quiera: amó, amista, cariño... lo que a usted se le antoje. Escarba usted... y simpatía. ¿Usted no ve que a los piyos se les quiere más que a los tontos? ¿Y eso por qué es? Porque los piyos son siempre más simpáticos. No le dé usted vueltas

Leonardo. Puede que tenga usted razón.

Malvaloca. ¿Y cómo fué el reunirse usted con ese tunante?

Leonardo. Usted misma acaba de decirlo: por simpatía. Viajábamos juntos, encontramos estos talleres de fundición abandonados en este pueblo, y nos aventuramos a probar fortuna. Los dos tenemos aficiones análogas... La fundición se llamaba antes de los Sucesores de no sé quién; pero Salvador la ha bautizado con el pomposo título de *La Niña de Bronce*.

Malvaloca. ¡Ah! ¡*La Niña de Bronce!*... Ya sé yo por la que va eso.

Leonardo. ¿Por usted?

Malvaloca. No, señó; por otra. ¡Granuja! Pero ¿dónde está? que yo sí que voy a broncearlo.

Leonardo. Ahora vendrá aquí.

Malvaloca. ¿Aquí va a vení?

Leonardo. Sí; ha ido una de las hermanas a avisarle que he llegado yo.

Malvaloca. Tengo ganas de darle un abraso. ¡Pobresiyó! Porque es mu charrán, ¿sabe usted? pero es mu cabayero. Conmigo siempre se ha portao mu bien. Ni una sola vez he yamao a su puerta que ér no haya respondiío. Segura estoy yo de que no me muero en un hospítá mientras viva ese hombre. ¿Este es San Antonio? Tiene toa la cara de un músico.